

Esta luz me persigue con porfía :  
 En vano quiero acumular las dudas :  
 Mis propias sensaciones no son mudas ;  
 Y me dicen con voz muy elocuente ,  
 Que hay en el cielo un Ser inteligente  
 Que formó el universo y le dirige ,  
 Un brazo poderoso que le rige ,  
 Un ojo eterno que lo mira todo ,  
 Una fuerza mayor que lo sostiene ,  
 Que á cuanto existe dió la regla y modo ;  
 Que todo salió de ella , y á ella viene ;  
 En fin , una inmortal pródiga mano ,  
 A quien se debe culto soberano .

Así concluye la razon sincera :  
 Pensar de otra manera  
 Seria ceguera la mas terrible ,  
 O un castigo de Dios el mas visible .

## POEMA V.

## EL MUNDO.

## PARTE PRIMERA.

**E**l mundo es halagüeño y lisonjero ;  
 Mas cuanto mas halaga , mas engaña ;  
 Cuando mas lisonjea , mas nos daña ,

Y nunca un bien presenta verdadero .  
 ¿ Quien puede conocerle y estimarle ?  
 ¿ Quién puede haberle visto y no dejarle ?  
 El mundo se presenta con caricias ,  
 Nos ofrece regalos y delicias ,  
 Con un traje brillante se produce ,  
 Y este es el medio con que nos seduce .  
 Como sabe adular nuestras pasiones ,  
 Y como los humanos corazones  
 Son fáciles á dar en el engaño ,  
 Ellos mismos ayudan á su daño .  
 Sus avenidas son dulces y hermosas ;  
 Se huellan flores y se pisan rosas ;  
 Se ven concursos , juegos y festines ,  
 Paseos , espectáculos , jardines ,  
 Y tras ellos con ojos deslumbrados  
 Se van los corazones arrastrados .

Quando en el mundo un jóven se presenta ,  
 Todo le rie , todo le contenta ;  
 Viendo tanta alegría y fiesta tanta ,  
 Todo le hace placer , todo le encanta .  
 Apenas un deseo en su alma nace ,  
 Que con ansioso ardor lo satisface ,  
 Marcha por un camino delicioso ,  
 Dulce á los pasos , á la vista hermoso ,  
 Pues lleno está de flores : imagina  
 Que á la felicidad por él camina ,  
 Que todos sus senderos son amenos ,  
 Que sus dias tranquilos y serenos

Deben siempre ofrecerle nuevos gustos ;  
 Y entre placeres vivos y sin sustos  
 Ve la carrera de una vida larga,  
 En que todo es dulzura y nada amarga.

El mal es, que si el mundo lisonjea,  
 El mismo débil hombre lo desea.  
 Tales son los humanos caracteres:  
 El amor natural de los placeres,  
 Y lo que embargan las disipaciones  
 Alejan la razon y reflexiones ;  
 Se ocupa únicamente  
 En lo que gusta, y con placer se siente ;  
 Se desvia, se aleja presuroso  
 De lo que turba su feliz reposo ;  
 El hombre no entra en sí, ni habla consigo,  
 Hasta que le despierta algun castigo.

Hijo, el Sabio decia, si el mundano  
 Con sus dulces promesas viene ufano  
 A ofrecerte su miel con bazarria,  
 No la comas, y de ella desconfia.  
 Sabe que es un mortífero veneno :  
 Quizas tu paladar lo hallará bueno ;  
 Pero muy presto sus activas sañas  
 Destrozarán feroces tus entrañas.  
 Consejo cuerdo! pero los consejos  
 Suelen de los ejemplos estar léjos ;  
 Porque no se detiene el alma en reflexiones,  
 Cuando embriagada está de sus pasiones.  
 Mas porque el mundo tanto lisonjea,

Es razon que el prudente no le crea.  
 Promete mucho, pero da muy poco ;  
 Y solamente un loco  
 Esto poco que da, tomarlo puede ;  
 Pues léjos de que logre darnos gustos,  
 O cria penas, ó fomenta sustos,  
 Y á la dulzura el sinsabor excede.

Despues de seis mil años los humanos  
 Buscan la dicha con esfuerzos vanos.  
 Todos quieren solícitos buscarla,  
 Y ninguno en el mundo pudo hallarla.  
 En sus placeres tan multiplicados  
 A millares se ven los desgraciados,  
 Y uno siquiera no se ve dichoso ;  
 Y con todo ¡perdemos el reposo,  
 Le seguimos con ansia, con ardores,  
 Y nunca conocemos sus errores ?  
 Los incautos mortales bien merecen  
 Todas las penas que por él padecen.

En efecto, ¡qué bien presenta el mundo  
 Que merezca un apego tan profundo ?  
 Los corazones, frios ó severos ;  
 Los amigos, ó falsos ó ligeros ;  
 Enemigos ocultos y terribles ;  
 Riquezas pasajeras, corruptibles ;  
 Puestos caducos, frívolos honores,  
 Y placeres al fin engañadores :  
 Todos son bienes fingidos y aparentes ;  
 Mas los males son reales y evidentes.

Cuando el mundo tuviera en sus empleos  
 Con que satisfacer nuestros deseos,  
 Con que halagar á todas las pasiones,  
 Y prodigara las satisfacciones,  
 ¿Quién se puede fiar en su dulzura,  
 Si tan presto se trueca en amargura?  
 ¿Cuántos festines el placer empieza,  
 Que acaban por el llanto y la tristeza?  
 ¿Cuántas veces en medio de los gustos  
 Asaltan los pesares ó los sustos?  
 ¿Cuántos de entre los bailes y conciertos  
 Salen ya moribundos ó ya muertos?  
 Y mientras rien, brillan y se agitan,  
 Los ecos del dolor mas alto gritan:  
 Ve aquí lo que es el mundo, su retrato;  
 ¿Y por esto te pierdes, insensato?  
 Con el amable lazo de himeneo  
 Habian conseguido al fin ligarse  
 Dos personas nacidas para amarse:  
 Cumplido estaba todo su deseo;  
 Pero á una de las dos la muerte fiera  
 Arrebata en su tierna primavera,  
 Y queda la otra, sin hallar consuelo,  
 Sufriendo dias de dolor y duelo.  
 A fuerza de trabajos y bajezas  
 Otro pudo juntar grandes riquezas,  
 Y elevarse á un lugar muy eminente;  
 Pero un reves le asalta de repente,  
 Echa por tierra todo el edificio

Que la prosperidad levantó al vicio,  
 Y el poseedor absorto y aterrado,  
 Entre sus ruinas queda sepultado.  
 Esta es del mundo la falaz carrera;  
 ¿Y quién fiará en él, si considera  
 Cuántos sus tristes víctimas se vieron,  
 Despues que por un tiempo ídolos fueron?  
 Mundo, que con tu error al necio encantas,  
 Ahora mismo quizas muchos levantas,  
 Y con pérfidos dones los prefieres,  
 ¿Por qué perderlos alevoso quieres!  
 Víctimas son que intentas adornarlas,  
 Para mejor despues sacrificarlas.  
 Tú las conduces á un hermoso prado  
 De flores agradables esmaltado;  
 Mas bajo de sus piés cavas tú mismo,  
 Para hacerlas caer en un abismo.  
 El que vive colmado de favores  
 En la pompa, en el lujo y la abundancia,  
 Mañana, objeto vil de tus rigores,  
 Monumento será de tu inconstancia:  
 Miserable, indigente, desechado,  
 Y de todos los hombres despreciado;  
 Semejante á los restos de un navío,  
 Que dividido en trozos, con desvío  
 El colérico mar, cuando se enoja,  
 A la playa vecina de sí arroja.  
 Y tú, triste testigo del naufragio,  
 Ya puedes ver en las agenas ruinas

La inconstancia del mundo, y el presagio  
 De las venganzas altas y divinas;  
 ; Cuenta pues! que las nubes se aglomeran,  
 Que los vientos se agitan y exasperan,  
 Que las ráfagas fieras se declaran,  
 Y que quizás la tempestad preparan.  
 Contrá tí, que tenias ya dispuesta  
 Magnífica funcion, grandiosa fiesta.

Tal es el mundo, que fatal nos pierde  
 Delante halaga y por detras nos muerde.  
 ; Qué se puede esperar de sus engaños,  
 Mas que males funestos, tristes daños?  
 Para huir de su odiosa alevosía,  
 Esto solo bastarnos debería.  
 Sus lisonjas conducen á la muerte,  
 Pues con ellas los ánimos pervierte,  
 Y escondiendo las dichas verdaderas,  
 Ofusca la razon de mil maneras.

### PARTE SEGUNDA.

**E**L mundo es negro padre del delito,  
 Enemigo de Dios, por él maldito.  
 Huye de Dios quien busca sus favores;  
 Nadie puede servir á dos señores.  
 Sus máximas mortíferas y varias,  
 A las del Evangelio son contrarias;  
 Sus dulces y traidoras seducciones  
 Encienden y fomentan las pasiones;

Sus amables y falsos atractivos,  
 Que son tan poderosos, tan activos,  
 Mortíferos son todos, son funestos,  
 Y á la salud eterna muy opuestos.  
 Sus ejemplos son malos, contagiosos;  
 Sus placeres impuros, peligrosos;  
 Sus discursos perversos, delincuentes  
 Sus riesgos efectivos y frecuentes;  
 En fin, de horrores y malicias lleno,  
 Todo es peligro en él, todo veneno.

Lo peor es, que á los mortales ciega,  
 Y en sus mismos peligros los sosiega,  
 Con una venda, que sus ojos cubre,  
 Y los despeñaderos les encubre.  
 El sabe atarlos con tenaces lazos;  
 Y á pesar de los muchos embarazos  
 Y las cadenas que su pecho oprimen,  
 No quieren sacudir las, aunque gimen.  
 Así su imperio es bárbaro y tirano:  
 Si subyuga cruel, manda inhumano,  
 Le aborrecemos; él nos esclaviza,  
 Y todas las acciones tiraniza.

Pensamos, y quisiéramos dejarlo;  
 Pero él sabe con maña embarazarlo:  
 Nos tiende nuevas redes, nos detiene,  
 Y en su poder con arte nos mantiene.  
 Cuantas veces del mundo nos quejamos,  
 Y cuantas con verdad aseguramos,  
 Que conocemos toda su amargura,

Su vanidad, su nada, su locura ;  
 Que á abandonarle estamos ya resueltos ;  
 Que quisiéramos ya mirarnos sueltos ,  
 Sobre todo en aquellas ocasiones ,  
 En que Dios nos inspira reflexiones ,  
 Cuando nos tiende con piedad sus brazos ,  
 Para sacarnos de sus viles lazos :  
 ¿ Qué es el mundo ? decimos , persuadidos  
 Que de su engaño estamos convencidos .

Pero el mundo nos ase con porfía ;  
 Los días pasan , y no llega el día  
 De sacudir su esclavitud tirana :  
 Esperamos el día de mañana ,  
 Y mañana no llega . El que se queja ,  
 Se queja siempre , pero no se aleja ,  
 Y solo se debate en sus prisiones ,  
 Porque no hay en los flojos corazones  
 El valor de un esfuerzo generoso ,  
 Ni sabemos con ánimo brioso  
 Romperlas , destrosarlas , libertarnos ,  
 Y á Dios y á las virtudes consagrarnos .

Entretanto la muerte los emplaza ,  
 Los años corren , y los días vuelan ;  
 Los mortales en todo se desvelan ,  
 Ménos en lo que mas les amenaza ;  
 Se acercan de la vida los extremos ,  
 Y en medio del designio y de la queja  
 Huye el tiempo , y el mundo es quien nos deja  
 Antes de que nosotros le dejemos .

Entónces con angustia llorarémos  
 Tanto trabajo estéril y vacío ,  
 Del corazón el triste desvarío ,  
 Tanto tiempo que habemos malogrado ,  
 Y las gracias que habemos profanado .  
 Entónces con horror el mas profundo  
 Nuestros ojos verán al mismo mundo !  
 De que hacemos ahora tanto alarde ;  
 ¿ Pero quién sabe ; ó Dios ! si será tarde ?  
 Infeliz el que al mundo desconoce ,  
 Mas infeliz quien le ama y le conoce ;  
 Sobre todo infeliz quien le prefiere ,  
 Quien le conoce , le ama , y en él muere .  
 Dios solo es nuestro Padre soberano ,  
 El mundo es un traidor , es un tirano ;  
 Rindamos pues con justa deferencia  
 Lo que á cada uno debe la conciencia ,  
 Y en fin á nuestro Padre consagremos  
 Los pocos días que vivir podemos ;  
 Pues de estos pocos días la victoria  
 Nos puede dar por fruto eterna gloria .  
 ; Feliz el alma , á quien el cielo ha abierto  
 Desde temprano los cerrados ojos ,  
 Porque vea los riesgos , los abrojos  
 De este mundo tan falso como incierto ;  
 Que en su jóven edad condujo al puesto ,  
 Donde vive , poniéndola al abrigo  
 De todos los peligros , que consigo  
 Trae un mundo inconstante y proceloso ;

Que la puso por fin en su reposo  
 Cerca de la virtud, léjos del vicio!  
 ¿Quién puede agradecer tanto servicio?  
 ¿Qué lenguas, ni qué humanos corazones  
 Pueden hallar discursos ó expresiones,  
 Que igualen á tan alto beneficio?  
 ¡ Ah! ¿si el hombre supiera de qué sustos  
 Dios le libró! ¿qué bárbaros disgustos  
 En el mundo le hubieran perseguido!  
 ¿Qué riesgos inminentes ha corrido!  
 ¿Qué males le cercaran! ¿cuántas diera  
 Rendidas gracias á su vida austera!

Sobre todo á la hora de la muerte,  
 Cuando se va á fijar su eterna suerte,  
 Qué dulzura para ella, qué consuelo  
 Es verse léjos de él, y con anhelo  
 Haber á su Dios solo consagrado  
 Esta vida infeliz que ya ha pasado  
 Le habrá costado algunas privaciones,  
 Penosos sacrificios de pasiones;  
 Pero los pocos años que han corrido,  
 Consumieron las penas que ha sufrido,  
 Y una gloria inmortal, la gloria inmensa  
 Es de su corto afan la recompensa.

Dejemos pues al mundo y sus errores  
 Antes de dar lugar á que él nos deje,  
 O el alma por lo ménos de él se aleje,  
 Despreciando sus gozos y favores.  
 Dejemos hoy, y con merecimiento,

Lo que es fuerza dejar de aquí á un momento:  
 Al presente es tributo voluntario,  
 De aquí á poco sin fruto y necesario.

Las jóvenes personas inocentes  
 Muy temprano á gozarle se preparan;  
 Los de mayor edad ya delinquentes,  
 Muy tarde de sus gozos se separan:  
 Los unos y los otros á porfia  
 Los quieren disfrutar; mas vendrá el día,  
 En que los dos con llanto dolorido  
 Gimán del triste tiempo que han perdido.

Jóvenes, que no veis sus embarazos,  
 En el mundo no entreis con tanta prisa:  
 Todo en él os parece halago y risa;  
 Mas cuando entreis, á los primeros pasos  
 Sus peligros veréis, sus pesadumbres,  
 Y cuánto fatal es á las costumbres.  
 Adultos, que probásteis ya sus daños,  
 Abandonad al punto sus engaños,  
 Y que vuestra experiencia os aproveche  
 Antes que os deje el mundo y os deseche.

Tres suertes de personas en el mundo,  
 Que habitan en su piélago profundo,  
 Le miran con aspecto diferente:  
 El pecador que vive delincuente,  
 Y gusta de su pérvida dulzura,  
 Como casa le ve, que un tiempo durá;  
 El cuerdo, que en su red no se embaraza,  
 Le ve como una cosa que ya pasó;

Pero el cristiano ya desengañado  
 Le ve como una cosa que ha pasado,  
 Examínate bien, entra en tí mismo,  
 Observa como miras este abismo;  
 Y segun la manera que le vieres,  
 Podrás juzgar tú mismo lo que eres.

Mas si tu corazon verlo desea  
 En la exacta verdad, haz que lo vea  
 Como ha de verlo á la hora de la muerte,  
 Esta luz es segura, y nos advierte  
 Que el hombre miéntras vive, si le ama,  
 Con infeliz pasion por él se inflama;  
 Que el que tiene cordura no le aprecia;  
 Que el que muere no solo le desprecia,  
 Sino que le aborrece y abomina,  
 Porque con necio error le descamina,  
 Toda una eternidad triste y funesta  
 No basta para el llanto que le cuesta.

## POEMA VI.

**EL AMOR DEL MUNDO.****PARTE PRIMERA.**

**E**N la tierra los míseros mortales  
 Estan llenos de penas y de males,  
 Que el turbulento mundo les produce,

Y con todo este mundo los seduce.  
 A muchos atormenta, á otros engaña,  
 O bien los alucina, ó bien los daña.  
 A unos trata con ásperos rigores,  
 A otros vende muy caros sus favores,  
 Y estos mismos favores que les vende,  
 Los trueca presto en mal que los ofende.

Ninguno está contento ni seguro.  
 Lo llaman rey tirano, señor duro:  
 Todos se quejan de él, y le aborrecen;  
 Pero todos le gustan y apetecen.  
 En su amargo servicio todos lloran;  
 Pero todos le siguen y le adoran:  
 Sus falsos resplandores los ofuscan,  
 Y por eso solícitos le buscan.  
 Por adquirir sus bienes no reposan,  
 Y son mas infelices si los gozan;  
 Por agradarle á todo se someten,  
 Y hasta delitos bárbaros cometen;  
 En fin, tanto entre sí se contradicen,  
 Que le adoran á un tiempo y le maldicen.

¿Qué hechizo es este pues, ó qué embeleso,  
 Que á los hombres les quita todo el seso,  
 Sin de razon dejarles un vestigio?  
 Presto se deshiciera este prestigio,  
 Si su juicio en él se detuviera;  
 Su razon al instante conociera,  
 Que el que está de este amor apoderado  
 Es ciego, es infelice y es culpado.

Es ciego: porque ¿quién será mas ciego?  
 Que aquel que por no ver cae en el fuego?  
 ¿Aquel que con la vista bien cerrada  
 Piensa encontrar el bien donde no hay nada?  
 ¿Qué tiene el mundo en sí? ¿cuál es su encanto  
 Para que el hombre se le pegue tanto?  
 ¿Qué puede hallar en él nuestro albedrío,  
 Cuando de todo bien está vacío?  
 Sus palabras son falsas y mentidas;  
 Sus promesas traidoras y fingidas,  
 Y aun sus halagos mismos y favores  
 Estan llenos de riesgos y temores.  
 ¿Cómo pues un cristiano,  
 Que ve, que sabe lo que el mundo hace,  
 Con tan frívolo bien se satisface?  
 ¿Cómo no lo desecha por tirano?  
 Por agenos ejemplos instruido,  
 Por su propia experiencia conducido,  
 ¿Cómo puede tan necio alucinarse?  
 ¿Cómo no acaba de desengañarse?  
 Pero este es el error de las pasiones;  
 Conocemos que todo es ilusiones,  
 Que sus bienes son falsos y engañosos,  
 Que sus males son ciertos y espantosos,  
 Y con todo se le ama, se le sigue;  
 Mas se le busca, cuando más persigue,  
 El infeliz mortal siempre se queja,  
 Mas cogido en su red nunca le deja.  
 Es preciso que sea su prestigio

Un sobrenatural grande prodigio,  
 Y sean sus tinieblas bien espesas,  
 Para dar en tan miserables empresas.  
 ¡Alma inmortal! ¡naciste destinada  
 Para correr tan ciega y deslumbrada  
 En pos de esas fantasmas mentirosas,  
 Que tan fútiles son como dañosas?  
 ¿Y dónde, si así dejas arrastrarte,  
 Podrá tu incauto error precipitarte?  
 Deten un poco tu veloz carrera,  
 Y los bienes del mundo considera;  
 Examina despacio si son tales,  
 Y si no, los debieras llamar males.  
 Qué, ¿te ofrecen las pérfidas riquezas,  
 Comodidad, placeres y grandezas?  
 Mas ¿cuántas veces entre los caudales  
 Viste penas, dolores y cuidados,  
 Disgustos vivos y violentos males,  
 Que hacen á los mas ricos desdichados?  
 Qué, ¿prometen la gloria y los honores,  
 Elevacion, caricias y favores?  
 Mas los hombres que llegan á lo sumo  
 Dicen que todo es aire, todo es humo.  
 El placer finalmente ¿qué te dice?  
 ¿Qué te harán sus delicias muy felice?  
 Pero si gustas mucho su dulzura,  
 Se trocará muy presto en amargura;  
 Y ve como sus bienes se envilecen,  
 Porque no llenan nunca lo que ofrecen.



Porque son bienes bajos, que procuran  
Gustos groseros, que tan poco duran,  
Y que dejar no pueden satisfecho  
Un corazón que Dios para sí ha hecho.

Pero tal es el hombre: ciego vive,  
Y de su ceguédad no se apercibe,  
Ni nunca de su error se ha apercibido,  
Esta es la ceguédad en que han vivido  
Los siglos anteriores que pasaron,  
Y que todos tan ciegos se mostraron.  
Esta es la ceguédad que todavía  
Tiene á los hombres ciegos en el día,  
Y se puede temer, que los futuros  
Tan ciegos han de ser y tan oscuros,  
Sin que más clara luz esperar puedan:  
Los siglos pasan, y los vicios quedan.  
; O ceguédad del mundo extraordinaria!  
Pues que cierra los ojos, y es contraria  
A las antorchas claras y lucidas  
De la razon y Religion unidas,  
Al testimonio fiel de la experiencia,  
Y al concepto interior de la conciencia.  
; O ceguédad tan triste y deplorable!  
Pues por su gusto el hombre miserable  
Corre precipitado, y por sí mismo  
Va á despeñarse en el fatal abismo,  
Sin que nada sus ímpetus ataje  
De Dios y la virtud con tanto ultraje.  
Dios de la luz, escucha nuestros ruegos,

Dígnate de alumbrar á tantos ciegos  
Que gimen en las sombras de la muerte;  
Quita á tus hijos tan espesas nieblas,  
Y haz que no vivan siempre en las tinieblas.  
Tú eres, mundo fatal, quien los pervierte;  
Si pueden un instante conocerte,  
Presto verán tus frívolos engaños.  
Y yo; triste de mí! que tantos años  
He perdido en tan mísera demencia,  
Yo buscaba la dicha, y sin prudencia  
Esta fantasma de placer seguía;  
Mas á la muerte sin pensar corría.

; Cómo será feliz quien va tan ciego?  
; Cómo hallará la dicha en su camino  
El que marcha sin ver, corre sin tino?  
En todas las desgracias cae luego.  
; Dónde estan los dichosos que hizo el mundo?  
Por el contrario, siendo tan fecundo  
En tormentos y males extremados,  
; Cuántos no son los hombres desdichados,  
Que el cáliz de amargura tristes beben,  
Y que todo su mal al mundo deben?  
; Ah! si oirse pudieran los gemidos,  
Los lamentos, los tristes alaridos  
De tantos infelices como lloran,  
Que el mundo hace sufrir, y al mundo adoran;  
El universo entero no sería  
Mas que un grito de angustia y agonía,  
Un concierto de penas discordante,

Y solo en los lamentos concordante.  
 En lugar de la dicha que buscaron  
 Afanes y dolor solo encontraron:  
 Disgustos, inquietudes y aficciones,  
 Martirios de sus tristes corazones.  
 ¡Cuántas personas le han sacrificado  
 Sus intereses, libertad y estado,  
 Su reposo, su gusto y su conciencia?  
 ¡Y qué han sacado ¡Dios! de su experiencia?  
 El desprecio, el olvido y el despego,  
 ¡Qué frutos han sacado de su apego,  
 De afanes tan penosos como largos?  
 Frutos de perdición, frutos amargos.  
 Anda, víctima triste y desgraciada,  
 De tu insensato amor embriagada,  
 A embarcarte con paso presuroso,  
 En ese mar inquieto y tempestuoso,  
 En que son los escollos tan frecuentes,  
 Y los riesgos continuos é inminentes.  
 Anda á arrojarte en esa tenebrosa  
 Mortífera region, que solo puebla  
 La densa obscuridad, la espesa niebla;  
 Donde el que llega mísero suspira,  
 Y un aire venenoso se espira.  
 Corre arrastrado por tus torpes vicios  
 Cerca de esos fatales precipicios,  
 En que tanto mortal se ha despeñado:  
 Cuando te hayas al fin precipitado,  
 Pregúntale á ese mundo que te rige,

¡Si tu ruina le turba? ¡si se aflige?  
 ¡Si tiene con que pueda consolarte,  
 Y tan inmenso daño repararte?  
 Anda, infeliz! que no has aprovechado  
 Los muchos documentos que te han dado;  
 Y pues tus ojos fueron tan oscuros,  
 Tú servirás de ejemplo á los futuros.

## PARTE SEGUNDA.

**G**RAN DIOS! cuya venganza inexorable  
 Espantosa será, será implacable  
 Contra el infiel, que tanto favoreces,  
 Pues que piadoso y liberal le ofreces  
 Al fin de su trabajo una corona,  
 Y por el mundo ingrato te abandona:  
 ¡Qué no has hecho, Señor, para alumbrarle,  
 Y de tan ciego abismo retirarle?  
 ¡Cuántas le diste luces superiores!  
 ¡Cuántas inspiraciones interiores!  
 ¡Cuántos remordimientos saludables!  
 ¡Cuántos momentos tuvo favorables,  
 En que pudo, un instante detenido,  
 La impresion de tu gracia haber sentido!  
 ¡Oír tu dulce voz, abrir los ojos,  
 Temer la indignacion de tus enojos,  
 Conocer sus engaños, resolverse,  
 Y arrepentido á tu piedad volverse!  
 Entonces útil fuera su desvelo,

Sus lágrimas serian de consuelo,  
 Y en tí hallara su llanto penitente  
 Un Padre amante, un Dios tierno y clemente.  
 El que lo experimenta solo sabe,  
 Cuánto tu yugo es dulce, cuánto es suave:  
 Con júbilo en tus hombros le pondrias,  
 Y alegre con amor le cargarías;  
 En vez de que en el mundo son los males  
 Dardos agudos, pérfidos puñales,  
 Espinas cuya punta rompe el pecho,  
 Lágrimas de dolor y de despecho.

Si el mundo hace al mortal tan desdichado,  
 Es claro que es culpado  
 El que ciego á Dios deja por el mundo;  
 Mas no solo es culpado sino necio,  
 Pues que solo consigue su desprecio.  
 Este es tercer abismo, y mas profundo,  
 En que se hallan excesos infinitos,  
 Abismo de pecados y delitos.  
 Desde luego es muy grande el que comete,  
 Cuando á pesar de lo que Dios promete,  
 Con insensato ardor, con alma impura  
 Prefiere al Criador la criatura.  
 Con errada afición, falso concepto  
 Falta al primero y al mayor precepto,  
 Y su vil corazon tosco é inmundo  
 Deja á su Dios, por adorar al mundo.

Pero el cristiano por la fe enseñado  
 Sabe que en su bautismo ha renunciado

Al mundo, y que su nombre no pronuncia,  
 Sino para decir que le renuncia;  
 Jura que no será jamas su dueño:  
 ¡Qué delito es violar tan santo empeño!  
 Sabe que nunca el hombre puede amarle  
 Sin seguir sus ejemplos é imitarle;  
 Sin adoptar sus máximas profanas,  
 Sin gustar sus delicias siempre vanas,  
 Sin exponerse al mísero contagio,  
 Sin arriesgar el infeliz naufragio,  
 O á lo ménos al riesgo aventurarse:  
 ¡Qué delito, gran Dios, es arriesgarse!

Sabe que el mundo loco y siempre vario  
 De la divina ley es el contrario;  
 Que el mismo Dios en muchas ocasiones  
 Le ha llenado de horribles maldiciones;  
 Que nadie puede ser del mundo amigo,  
 Sin hacerse de Dios el enemigo,  
 Y caer al instante en su desgracia:  
 ¡Qué delito es perder de Dios la gracia!

Sabe, que con esfuerzos los mayores  
 No es posible servir á dos señores;  
 La sentencia divina lo pronuncia.  
 El que al uno obedece, á otro renuncia;  
 El que al uno acompaña, al otro deja;  
 Si uno se satisface, otro se queja;  
 Y los dos, si á los dos servir pretende:  
 ¡Qué delito es dejar al Dios que ofende!  
 Ve aquí lo que sucede muy en breve

Al que á dejar el mundo no se atreve,  
 Y quiere continuar en él su vida,  
 En pocos dias de su Dios se olvida:  
 Embriagado de honores y riquezas,  
 Comienza por descuidos, por tibiezas,  
 Y poco á poco reforzando el tono,  
 Acaba por un mísero abandono.

No piensa mas en la salud de su alma:  
 Pierde la paz, que le tenia en calma,  
 Abre su corazon á las pasiones,  
 Su espíritu á las falsas seducciones;  
 Luego vienen las gracias arrojadas,  
 Las conciencias inquietas y turbadas,  
 Tantos remordimientos despedidos,  
 Tantos santos preceptos despreciados,  
 Pecados á pecados añadidos,  
 Delitos á delitos agregados:  
 Así el mundo, que supo seducirle,  
 No para hasta perderle y confundirle.

Estos son frutos que en su seno encierra,  
 Frutos nacidos en maldita tierra,  
 Frutos de maldicion, frutos malignos,  
 Que de un mundo maldito son bien dignos.  
 En pais tan infame y pasagero  
 Sabe el cuerdo vivir como extrangero:  
 No es la patria del hombre sometido  
 A la ley de su Dios, cuando rendido  
 Con su fiel corazon tierno le adora,  
 La tierra que le injuria ó que le ignora.

Con todo, será fuerza que el mundano,  
 Que de tanto placer disfruta ufano,  
 Sin pensar mas que en gloria y alegría,  
 Se arranque de este mundo un triste dia:  
 Una impensada muerte prontamente  
 Se asoma y le acomete de repente;  
 Quita á sus ojos la tupida venda,  
 Y entónces es preciso se desprenda  
 De todos sus amables atractivos,  
 Sus gustos finos, sus placeres vivos.  
 Como ve que á faltarle va la vida,  
 Es fuerza que al instante se despida  
 De sus gozos, su pompa y diversiones,  
 O por mejor decir, sus ilusiones.

Entónces, qué le queda de su desvelo,  
 Que le pueda inspirar algun consuelo?  
 ¿Y qué puede pensar, si acaso piensa  
 En su pasada ceguedad tan densa,  
 Y en el peligro que su alma corre?  
 ¿Quién en tan triste caso le socorre?  
 ¿Qué se aprovecha de lo que ha gozado,  
 Y de todos los gustos que ha logrado?

De esta vida tan dulce y tan activa,  
 De tan larga agradable perspectiva,  
 De años sin fin por él imaginados,  
 Y todos á sus gozos destinados,  
 El hilo se ha cortado en un momento.  
 El prestigio se ha ido como el viento,  
 El mundo huye, el tiempo lo arrebatá,

La muerte urgente de arrancarle trata,  
Sin que un instante detenerla pueda:  
Toda la eternidad solo le queda.

¡Era para esto ¡ó Dios! era para esto,  
Que á los mortales en la tierra has puesto?  
¡Y qué estado, Señor, para morirse,  
Y al tribunal divino dirigirse?  
No, mi Dios; desde hoy en adelante  
Seré de tu bondad único amante.

No merecen el mundo y sus pasiones,  
Ni mis afectos ni mis atenciones;  
Que le sigan los ciegos que se ofuscan:  
Los que con vista estan, nunca le buscan.

Pero ¡ay! que solo puede la experiencia  
Enseñar á los hombres esta ciencia.

¡Y quién mejor que yo la ha descubierto?  
¡Feliz! pues que los ojos me has abierto.  
Bien sé que un dia me será forzoso  
Abandonar un mundo peligroso;  
Mas no debo aguardar á que él se aleje,  
Quiero ser el primero que le deje.

Es verdad que me tiene en él mi estado,  
Pero mi corazon se ha separado:  
Viviré en él como si no viviera.

¡Y qué cristiano, si lo considera,  
Y del mundo está ya desengañado,  
Cuando Dios á habitarle le condena,  
Vive sin susto en él, muere sin pena?  
¡Santo Dios! á quien hice tanto ultraje,

Ya renuevo el empeño que contraje  
En las sagradas aguas del bautismo,  
Y yo renuncio al mundo y á mí mismo.

## POEMA VII.

## LA FE.

## PARTE PRIMERA.

**D**ios por una bondad de preferencia  
En medio de la fe nos ha criado,  
Y con su santa luz nos ha alumbrado  
Por nuestros padres, cuya fiel creencia  
Ha pasado á nosotros como herencia.  
No ignoramos, que bien tan soberano  
Solo es debido á la divina mano,  
Y que infinitas gracias le debemos;  
Mas quizá no sabemos  
Cuánta dicha es guardar una fe pura,  
Y los inmensos bienes que procura:  
Quiera el cielo alumbrar nuestro juicio,  
Para estimar mejor su beneficio.  
Luego que de la fe la luz obscura  
El corazon de un fiel ha penetrado,